

PROBLEMÁTICAS DEL LIBERALISMO: LA ETNIA Y LA RAZA EN LAS INDEPENDENCIAS EN IBEROAMÉRICA

MANUEL CHUST e IVANA FRASQUET
Universitat Jaume I, Castellón

Esta publicación* es una excelente oportunidad para seguir reflexionando sobre algunos de los aspectos que, a nuestro entender, creemos centrales de las independencias en Iberoamérica. Temática histórica que reviste no sólo múltiples enfoques sino también diversos aspectos, vertientes, nexos, controversias y particularidades que es conveniente seguir debatiendo.

En los últimos años la balanza historiográfica sobre las diversas interpretaciones de las independencias se ha inclinado considerablemente en el mundo latinoamericano hacia la historia cultural. Las cuestiones socioeconómicas han dejado paso a explicaciones de lo que se ha venido llamando la «nueva historia política». No obstante, nosotros seguimos apostando por una explicación estructural al seguir identificando los procesos de independencia iberoamericanos como revoluciones liberal-burguesas. O dicho con otras palabras, planteamos que las independencias iberoamericanas hay que inscribirlas dentro del ciclo de lo que Palmer y Godechot denominaron las «revoluciones atlánticas», si bien con algunas salvedades y notorias singularidades. En especial porque estos historiadores inventaron un término de ámbito geográfico quizá para omitir otro más social y político, en fin, de clase.

No creemos que sea discutible ya que los procesos de independencia supusieron el triunfo del Estado-nación en las nuevas repúblicas americanas. Triunfo frente al Antiguo Régimen de la Monarquía absoluta. Es por ello que

* El presente volumen forma parte del Proyecto de I+D del Ministerio de Educación y Ciencia HUM2006-09581 y del Proyecto de Investigación de la Fundación Carolina “Hacia los Bicentenarios. Las independencias en el Mundo Iberoamericano”.

su contextualización es imprescindible para su comprensión. Revoluciones que están inscritas dentro de los procesos revolucionarios liberales que sacudieron a Europa y América desde el último tercio del siglo XVIII hasta los años setenta del siglo XIX, si incluimos en ellos a Italia y Alemania.

Somos conscientes de que con esta afirmación entramos en un debate con múltiples consecuencias que escapan a un simple análisis histórico sobre la caracterización de estas independencias y nos adentramos en una discusión intelectual más profunda con la activa participación de las ciencias sociales. Debate historiográfico que, como se ve, no sólo no rehuimos sino que lo reivindicamos. Es por ello, y obviamente por su carácter ciertamente emotivo y sentimental, que la discusión científica del problema sobre las independencias iberoamericanas se vuelve problemática y presentista.

La segunda cuestión a plantear es que el estudio de las independencias ha sido también objeto de análisis de científicos sociales que han interpretado lo acontecido en la historia no sólo con herramientas y conceptos de las diversas disciplinas de las ciencias sociales sino, lo más problemático, desde disciplinas con metodología y conceptualización presentistas, como la politología, la sociología, la antropología, la economía, etc. Lo cual ha venido a «contaminar» más aún si cabe el análisis histórico. A la emotividad se le ha sumado el presentismo y la utilización de la historia por la política.

A la complejidad de los procesos de independencia se ha unido además, y la publicación de este libro responde a esta motivación, la cuestión étnica y racial. Ignorada y despreciada por las historiografías nacionalistas, omitida por las historias *evenementielles*, se incorporaron desde hace unas pocas décadas en las distintas renovaciones historiográficas debido, en parte, a la influencia de las ciencias sociales en América Latina, en especial la antropología, la sociología y la politología, pero también al auge de la historia social, de la historia de las mentalidades o de la historia cultural. Todas ellas ofrecieron un plano más amplio y diverso al incorporar no sólo perspectivas históricas diferentes sino también sujetos y objetos nuevos en el centro de análisis histórico. Y que, sin duda, llevaron a conclusiones diferentes. Porque no es lo mismo el análisis histórico de una determinada comunidad indígena desde el plano de la historia que desde la antropología con pretensiones históricas.

Si nos situamos en un plano general en el estudio de las independencias iberoamericanas, tanto espacial como temporal, tendremos que incluir varios considerandos para su explicación. Todos ellos trascendentales e imbricados: el desmoronamiento del Antiguo Régimen español y portugués, sus repercusiones en su vertiente colonial, sus diversas adaptaciones y particularidades americanas, su evolución y los distintos ritmos que tuvo a lo largo de tres siglos, su diversidad regional y económica y la multiplicidad racial y étnica, así mismo evolucionada.

Ello dio lugar no sólo a una sociedad mestiza, jerárquica, privilegiada y racista sino también a pervivencias de otros modos de producción, sociedades, formaciones económicas-sociales o como quiera que las distintas interpretaciones conceptuales las calificaron. Así en algunas regiones la esclavitud va a marcar relevantemente la configuración de los Estados-naciones posteriores. Como por ejemplo en el caso de Brasil o la pervivencia colonial posterior a 1830 de Cuba y Puerto Rico esta vez dentro del Estado-nación español. O bien la adopción y evolución en América de formaciones socio-económicas singulares que fueron una simbiosis del feudalismo adaptado al colonialismo y un capitalismo «americano», especialmente en el terreno del capital distributivo. Ambos parámetros marcaron distancias y contradicciones respecto a la metrópoli española y también a otros países europeos. Complejas formas socioeconómicas que habrá que tener presente para estudiar su devenir, el del nuevo estado y la nueva construcción nacional.

Independencias, emancipaciones e, incluso, revoluciones de independencia

Pero vayamos de lo general a lo particular. Desde los años sesenta del siglo XX se han escrito muchas páginas acerca de las consideraciones y explicaciones de las independencias americanas. Sin establecer prioridades o jerarquías entre ellas pasamos a valorarlas, si bien sucintamente como no podría ser de otra forma en estas páginas, incardinadas a la temática de esta obra.

Se estableció en los años sesenta y setenta del siglo XX, y reiteramos que hablamos de forma general, una interpretación que contextualizaba las independencias dentro del proceso liberal capitalista que va a transformar el mundo desde 1763 hasta 1848. Fechas emblemáticas como fueron la Paz de París que dio término a la Guerra de los Siete Años, la cual marcó el inicio de la Revolución Industrial inglesa, y 1848 como la eclosión de las oleadas revolucionarias democrático-burguesas que empezaron a poner en cuestión desde la democracia política y social, el liberalismo tanto económico como político.

Esta tesis plantearía como premisa principal una serie de acontecimientos y fenómenos sociales que en una secuencia histórica comprimida va a desencadenar determinados procesos revolucionarios. El triunfo de éstos supondrá el del Estado-nación frente al Antiguo Régimen, bien en su dimensión metropolitana bien en su dimensión colonial. Lo cual produjo, por una parte, que sectores de la población empezaran a quedar marginados del juego político liberal y, en segundo lugar, sintieran los rigores del liberalismo económico tanto en su dimensión de expropiación y generalización de la

propiedad privada como en la proletarianización y desposesión, que en mayor o menor velocidad se produjo tanto en Europa occidental como en América.

Todo ello contribuirá a generar una crítica desde el liberalismo «exaltado» a este tipo de Estado liberal que a la vez que triunfaba su estado y se estabilizaba, se hacía conservador... al dirigir sus propuestas a la *conservación* del Estado liberal triunfante.

Así tendríamos que la Revolución Industrial inglesa estaría en el contexto de la independencia de las Trece colonias norteamericanas, como también ésta formó parte en la quiebra coyuntural del Antiguo Régimen francés que finalmente provocará la estructural que devendrá en la Revolución francesa. Revolución cuyo desenlace supondrá no sólo una onda expansiva revolucionaria —monarquía constitucional, república, derechos liberales, nuevas legitimidades, representaciones, soberanías, un vocabulario nuevo y revolucionario, etc.— sino la constatación de que el Antiguo Régimen podía ser derribado al acontecer en un país cuya monarquía era el prototipo del absolutismo. Es decir, la revolución burguesa dejó de ser una utopía para convertirse en una realidad en, ni más ni menos, Francia. O deberíamos decir en la monarquía francesa, para ser más exactos. Si bien, la propia dinámica de la revolución en Francia hizo que surgieran diversos liberalismos y diferentes vías revolucionarias —girondina o jacobina por sintetizar— que marcaron, ¡cómo no!, el futuro inmediato de otras burguesías que podían mirarse en el espejo francés y que no se reflejaban, especialmente, en el jacobino. Como por ejemplo las burguesías comerciales y plantadoras hispanas de «ambos hemisferios». Y mucho menos tras la revolución, que supuso la independencia, de Haití.

Revolución, liberal-burguesa, que generó una contrarrevolución, no sólo para pararla militarmente sino sobre todo ideológica y políticamente, dado que el liberalismo mediante varias síntesis ideológicas, fusiones equilibradas cercanas a la metafísica e, incluso, removiendo y rescatando normativas del escolasticismo, del iusnaturalismo o del pensamiento setecentista, —de lo que en general se denomina Ilustración— fue capaz de establecer una serie de premisas generales tan potentes como para cuestionar el Antiguo Régimen. Y en segundo lugar, quizá lo más difícil, legitimar formas políticas que mistificaban la monarquía diseccionándola como Estado por una parte y como forma de Estado por otra al inventarse o transformar significados como Nación, Patria, Soberanía, e incluso, Monarquía constitucional o Impero —napoleónico, iturbidista o brasileño—.

Vertiente liberal-conservadora que en los países católicos añadió un plus de alta confrontación religiosa que, convenientemente instrumentalizada, devino en eclesiástica. Entre otros considerandos, porque no debemos olvidar que la fuente de legitimidad monárquica durante mil años para la

monarquía francesa, española y portuguesa había sido el Vaticano, el dogma católico y su extensión eclesiástica. Y América, la española y la portuguesa, sabe mucho de esa legitimidad y de esos fundamentos de las bases sociales, políticas, étnicas y raciales. Es por ello que no sólo el derribo del monarca absoluto sino también los decretos anticlericales y, sobre todo, laicos de los jacobinos y, posteriormente, de Napoleón pesaron como una losa en la coyuntura 1800-1830. Pero no sólo en el desarrollo religioso de muchas de las campañas sino en la relación de fuerzas sociales —armadas— de muchas de ellas. De esta forma, y a pesar de que incluso Napoleón se revistió con un andamiaje y ropaje eclesiástico, la partida estaba perdida en ese plano religioso y clerical tanto para el liberalismo peninsular como para el americano. Y ambos liberalismos lo sabían. Al menos hasta que el Estado-nación estuviera consolidado, allá más o menos por los años cuarenta. Es decir, fuera de la amenaza de la reconquista por parte de la monarquía fernandina que apelaba a las fuerzas santoaliadas para derribar estados republicanos americanos que habían «osado traidoramente» independizarse de la «Madre Patria».

Interpretación, lejos de las nacionalistas y *evenementielles*, que puso el foco de actuación, tal y como lo había hecho en Europa, en una clase social de potencial revolucionario —la burguesía— restando valor a otra clase social como el campesinado, que si bien tenía una enorme fuerza de movilización antifeudal se le consideraba como un elemento pasivo, presa fácil de la iglesia católica y, en ocasiones, quizá demasiadas, contrarrevolucionario. Lectura que nos es familiar ya que una línea de interpretación dominante sigue atribuyendo el papel motor y rector de los procesos insurgentes al criollismo dejando en mero papel anecdótico o secundario a las comunidades indias y a la población mulata y mestiza. Y en este caso, son fundamentales algunos de los estudios contenidos en este libro porque empiezan a matizar y poner en duda tales interpretaciones.

Independencias americanas que en esta explicación amplia tuvieron bifurcaciones. Por una parte se mantuvo la tesis de insertarlas dentro de un proceso revolucionario amplio, liberal, transformador, revolucionario en el sentido de que superara al Antiguo Régimen en su expresión colonial. No obstante, tras la Segunda Guerra mundial, en plena Guerra fría y tras el restablecimiento de las relaciones hispano-argentinas tras el convenio entre Franco y Perón en 1949, convenía «enfriar» esta explicación y dotarla de criterios evolucionistas más que rupturistas, es decir como un proceso de «mayoría de edad» en que las economías regionales americanas controladas por las elites o aristocracias criollas se emanciparon económicamente.

Criollismo, observemos el interés constante desde diversas metodologías y explicaciones de eludir el término de clase —burguesía— o más social y económico y recurrir a un concepto que alude a los orígenes raciales y de

nacimiento pero no necesariamente socioeconómicos, que se enfrentará durante el último tercio del siglo XVIII al, y ésta es la segunda parte de la explicación, cada vez más agresivo y encastillado blindaje del Estado absoluto español. El cual impactado también económicamente por las consecuencias de la Revolución Industrial inglesa comenzaba a verse en inferioridad económica frente a los británicos —por ejemplo en el perenne contrabando y de ahí parte de las medidas carolinas para frenarlo— y en una crisis financiera y hacendística que no lograba remontar.

Criollismo, concepto y significado, que limaba así dos vertientes escabrosas en las explicaciones de las independencias iberoamericanas y a valorar especialmente. En primer lugar al ser un término que omitía un concepto que comenzaba a ser insistentemente peyorativo en América Latina, como liberal. Y no sólo por el presentismo del término sino también porque se vinculaba a los que habían arrebatado las tierras y empobrecido a las comunidades indígenas en nombre de la libertad, igualdad y de la construcción de una nueva Nación y, por ende, de una nueva y difícil construcción de nacionalidad. En segundo lugar «americanizaba» el proceso, es más lo nacionalizaba, dejando fuera cualquier sospecha de importar modelos preestablecidos exógenos eurocentristas y, por lo tanto, haciendo una excepcionalidad en cada una de las independencias americanas. Los compartimentos estancos del proceso lo completaron las historias nacionales del siglo XIX que se han mantenido, e incluso reforzado, en buena medida hasta el siglo XXI. Historias nacionales que explican, desde la escuela primaria las gestas no sólo de grandes hombres heroicos, blancos y criollos, de buenos patriotas y malos realistas, sino en un contexto exclusivamente nacional, omitiendo no sólo un espacio más amplio americano sino cualquier relación con la interconexión universal del proceso insurgente. Y de ahí varias reacciones. La primera la resistencia a incorporar conceptos calificados de «europeos» o no americanos y en segundo lugar a omitir o descalificar actores no criollos.

Es por ello el devenir de héroes, autóctonos, regionales, etc., y la mayor parte —durante décadas— criollos. La exclusión de líderes indígenas o mulatos fue abrumadora. Y cuando no se les excluyó se les incluyó en las listas de los realistas. Y efectivamente se manejó una visión maniquea, unidireccional y en donde la «inevitabilidad» de la emancipación o independencia fue manifiesta.

Y, una última reflexión, criollas fueron las fuerzas sociales que lograron con sus gestas la independencias. Por lo que tanto indios como mestizos, mulatos o negros quedaron relegados al penoso papel de contrarrevolucionarios «realistas» o «fantasmas» invisibles al apartarse de la gesta insurgente. Las explicaciones son sabidas: las cuatro «ies»: inactivos, irreflexivos, ignorantes e irracionales. A estas interpretaciones y algunas cuestiones más

se sumaron las racistas imbricadas con la religión católica que excluía a la raza negra de la cualidad de tener alma, lo cual hizo durante mucho tiempo de las independencias americanas una cuestión no sólo de clase, sino también de raza blanca, de nacionalidad americana y religión católica. Es decir, los BAC: blancos, americanos y católicos. Al igual que en los Estados Unidos de Norteamérica en donde los WASP —blanco, anglosajón y protestante— construyeron durante mucho tiempo su historia nacional.

Lo importante de ello, para este estudio preliminar, son dos premisas: la primera tiene que ver con la interpretación que dentro de este contexto se hace de las independencias o mejor, de las «emancipaciones,» porque aunque se insertan dentro de este proceso difícil de no tildar de revolucionario acaban señalándolo como evolucionista, como una transición «lógica» y como una predisposición «natural» hacia el camino de la independencia en el cual ya estaban preparados. La conclusión es manifiesta: no hubo revolución. Y por lo tanto no hubo fuerzas contendientes interamericanas, los enfrentamientos fueron contra los «españoles», «los extranjeros», los «invasores» y, por supuesto, hubo unidad nacional: los «americanos» contra los españoles. Y en segundo lugar habrá que destacar que durante muchos años en la categoría de americanos se englobaba solo a los criollos. Visión en donde predominaba una lectura racista de la insurgencia. Los indios, mestizos, negros y mulatos quedaron fuera por la propia concepción de sus etnias y razas. Otra cosa muy distinta será cuando el Estado-nación triunfe y tenga que incorporarlos, nacionalizarlos o, reducirlos armadamente si ofrecían resistencias como en el caso aquí expuesto de la guerra de Castas en el Yucatán.

La segunda premisa a destacar es la caracterización del antagonista: la monarquía española o mejor la síntesis que algunos hacen de ello: la España y «los españoles». Tendremos que seguir destacando que son dos conceptos distintos dado que el primero responde, según su adscripción histórica, o bien a una definición cultural y geográfica o bien a las características del Estado-nación «España» que surgirá en 1810 en las Cortes de Cádiz y constitucionalmente en 1812. Si bien su triunfo definitivo se prolongará hasta 1844. Mientras que la Monarquía española se refiere al Estado español. Claro que en esta definición también es muy importante el momento histórico, dado que con ello se puede aludir a la monarquía española absolutista o a la monarquía española constitucional. Y no será lo mismo, tanto en el interior peninsular como en su relación con los territorios americanos. Ya hemos insistido en otros estudios en este tema. Pero conviene recalcarlo por cuanto a la diversa política que se desarrollará en América en diferentes momentos.

Doceañismos, insurgencias, razas en Iberoamérica

Sin duda uno de los nexos de unión del presente volumen es la trascendencia que el liberalismo doceañista tuvo en la problemática concreta de la raza en los distintos espacios iberoamericanos y en distintos aspectos que comporta el tema. En ese sentido, y sin abundar, se estudia su trascendencia para desentrañar la complejidad ideológica, política, identitaria que trascenderá en sus debates y discusiones sobre la raza, su identidad y nacionalización tras el triunfo de los estados republicanos en Iberoamérica.

El presente volumen intenta acercar al lector y lectora a las tres cuestiones que le dan el subtítulo: el liberalismo, la etnia y la raza. Los tres en el contexto de las independencias iberoamericanas. De esta forma estas temáticas se abordan en tres partes. La primera se ocupa de la raza unida a la problemática de la esclavitud en dos espacios singulares e importantes de la monarquía española y portuguesa: Cuba y Brasil. Temática espacial del problema de raza que también descende a diferentes tratamientos. Comienza esta primera parte con un estudio del profesor Michael Zeuske en el cual hace un balance general de la situación de Cuba y Puerto Rico en unos años cruciales que van desde principios de siglo hasta la Constitución de 1812. Lo que hace más interesante a esta investigación es que Zeuske no sólo analiza los cambios y también contradicciones que se fraguaron en ambas capitanías generales con la llegada del liberalismo gaditano sino también las realidades socioeconómicas y políticas las pone en el contexto espacial de lo que se ha venido llamando «el Gran Caribe». Es en esa dimensión donde se puede llegar a comprender un poco mejor la problemática de conjugar el aspecto político e ideológico de una parte del liberalismo con la esclavitud y la concepción que se tenía de raza. Y, por supuesto, el impacto y trascendencia que en ese «espacio» amplio y diverso, pero muy interconectado aconteció con la revolución de Haití.

En el estudio del profesor Juan B. Amores la problemática de la esclavitud se aborda desde la óptica de uno de los pensadores ilustrados más importantes del momento como fue Francisco de Arango y Parreño. Lo sugerente del estudio de Amores es que inserta a Arango en el contexto políticamente cambiante desde la monarquía ilustrada carolina hasta la constitucional de las cortes de Cádiz o el regreso absolutista de Fernando VII. Es quizá en este contexto donde se ve mejor esta evolución y las propuestas de Parreño.

Prosigue el trabajo del profesor Juan José Sánchez Baena en el cual hace un recorrido muy pormenorizado sobre una de las plasmaciones que la elite ilustrada cubana reflejó en estos momentos con toda nitidez: la explosión de la prensa en la isla. Sánchez Baena, deja claro en su estudio el impac-

to que en materia de difusión de ideas y conocimientos supuso el decreto de libertad de imprenta de 1810 en la isla. Y como él dice «hubo un antes y un después» de esa fecha. Quizá la prensa fue un termómetro de los avances y retrocesos del parlamentarismo en la historia de España. Censurada a partir de 1814 con la restauración absolutista, volvió a su máxima expresión en 1820 con el regreso del constitucionalismo para fenecer y volver al colonialismo en 1823. Expresión máxima de la diversidad de ideas, fue uno de los centros neurálgicos de los debates sobre raza y esclavitud que se tuvieron en estos cruciales y dinámicos años.

Esta primera parte la culmina un estudio de la profesora Marcia Berbel y el profesor Rafael Marquese sobre los debates que en las cortes de Lisboa y Río de Janeiro entre 1821 y 1824 se tuvieron acerca de la esclavitud en Brasil. Tema crucial porque este estudio desentraña uno de los posibles valores de este libro. En primer lugar incluir a Brasil y Portugal en el contexto de las independencias, demasiadas veces omitido, y en segundo lugar, muestra claramente uno de los debates políticos e ideológicos más fructíferos del momento como fue el que se desarrolló en estas cortes desde el liberalismo con el tema de la esclavitud que inevitablemente acompaña al de ciudadanía, nación, nacionalidad, derechos, libertades y raza. Semejante debate no se produjo ni en las cortes de 1810-1814 ni en las de 1820-1823 en España.

La segunda parte del libro está dedicada a la cuestión étnica en otro de los espacios centrales iberoamericanos como fue Nueva España. Si bien en dos momentos distintos, tanto cronológicos como espaciales: la insurgencia de los años 10 y la guerra de Castas en Yucatán de los años cuarenta. En el primer tema, el estudio corresponde a uno de los especialistas más reconocidos como es el profesor Eric Van Young en donde aborda directamente uno de los nudos gordianos de la insurgencia novohispana como fue el papel que alcanzó la raza en la insurgencia. Van Young desde hace años irrumpió en la historiografía mexicana con planteamientos novedosos en los que propone intentar desentrañar cuestiones clave sobre el equilibrio entre raza, etnia y ciudadanía, la identidad *per se* del indio o su asimilación a planteamientos criollos. Y en todo el debate, una cuestión central que sirve de nexo vertebrador a todos los estudios: el impacto de los decretos de Cádiz y su constitución en estas clases subalternas indígenas. Porque, como plantea Van Young ¿pesó más la condición de indio o de clase subordinada?

Completa esta segunda parte el estudio de la profesora Izaskun Álvarez en el cual hace un recorrido desde la Constitución de 1812 hasta la Guerra de Castas en uno de los estados con mayor proporción de población indígena como fue y es Yucatán. Álvarez presenta cuestiones novedosas en su investigación justamente porque retrotrae la génesis de su análisis al impacto que las leyes doceañistas tuvieron en esta provincia y su vinculación,

como consecuencias, con la denominada Guerra de Castas que acontecerá en los años cuarenta. Y, evidentemente, aquí ya no sólo entran cuestiones de interpretación «culturales» como en el caso de Van Young sino el impacto que el liberalismo de origen doceañista tuvo en las tierras comunales y su repercusión social y económica para las comunidades indígenas. El debate está planteado. ¿Las comunidades se movilizaron por cuestiones de clase o por cuestiones de raza? Debate que no escapa a una de las pretensiones del libro.

La tercera y última parte aborda temáticamente las repercusiones ideológicas y políticas que tras el liberalismo doceañista impactaron en dos de los virreinos de América del Sur en cuanto a la problemática de las diversas estrategias del criollismo frente a la presión de clases subalternas y el «color de la piel» en el caso de Nueva Granada y de la organización territorial en el caso del Perú. En el primero el profesor Óscar Almario nos ofrece una interesante propuesta al plantear la complejidad del proceso ideológico identitario debido a la superposición de varios proyectos y sus respectivos agentes. Almario conjuga en su estudio el análisis del nacionalismo de Estado que estaría en ascenso, el de las elites regionales que no acabarían de desprenderse de ataduras del pasado en los nuevos tiempos y la «etnogénesis» de negros e indígenas que se resistirían a la esclavitud y a su condición servil a la vez que estaban siendo excluidos del proyecto nacional. Y lo singular de esta exposición es que Almario identifica tres momentos en la dinámica ideológica del liberalismo neogranadino: el «nacionalismo americano» surgido en las cortes de Cádiz, el «independentismo insurgente» gestado en los años de las guerras de independencia y finalmente el «nacionalismo de Estado» tras su triunfo.

Por último cierra esta última parte y con ello el libro, el capítulo de la profesora Núria Sala en el cual realiza un extenso recorrido temporal en el que vincula, desde las propias cortes de Cádiz, la gestación de los términos de ciudadanía y de la representación política en la construcción del proyecto liberal con las distintas organizaciones político-administrativas que conformaron el Perú en la construcción del Estado.

Teniendo presente la complejidad del tema abordado, la diversidad espacial y regional de Iberoamérica, creemos que el presente volumen puede contribuir al conocimiento de uno de los temas centrales de la época de las independencias iberoamericanas.